



LA CONQUISTA DE LA DESIGUALDAD: LA POST-CRISIS QUE SE AVECINA

Inequality Conquest: the oncoming post-crisis

Miguel A. V. Ferreira

Universidad Complutense de Madrid

ferreira@um.es

Resumen:

España ocupa el segundo puesto en Europa en cuanto a incremento de la desigualdad en estos últimos seis años. La crisis ha tenido como efecto incrementar la distancia entre ricos y pobres, y esa brecha parece que no va a reducirse en el corto ni en el medio plazo. Cuando los datos macroeconómicos comiencen a mejorar consistentemente (y cabe que ello no se dé tan pronto como muchos anuncian), la realidad social que los sustentará será la de una ciudadanía expropiada de sus derechos, precarizada laboralmente y sin capacidad de movilización ni de protesta. Sin una profunda renovación política, varias generaciones serán sacrificadas.

Palabras clave: neoliberalismo, crisis, desigualdad, ciudadanía

Abstract:

The increase of inequality during the last six years places Spain in the second position in Europe. One of the most important effects of the crisis has been the ampliation of distance between poor and rich people, and this gap is not going to be reduced in the short nor in the medium term. Once macroeconomic data begin to improve consistently (and, perhaps, it will not be as soon as many ones are predicting), the social reality undercoming them will be that of a citizenship expropriated of their rights, instalated in the labour precarization and without the capability of movilization and protest. Without a deep political renovation, some generations will be sacrificed.

Key words: neoliberalism, crisis, inequality, citizenship.

En un mundo libre

Ken Loach (2007) retrata en *Un mundo libre* los resortes sobre los que el Neoliberalismo constriñe, condiciona y reduce nuestra experiencia a un puro cálculo económico. La protagonista, despedida (una de tantas asalariadas que ve de pronto suprimida la garantía de su existencia que venía siendo avalada por las políticas Keynesianas), acostumbrada a una existencia relativamente desahogada, al buscar un modo, acorde con los nuevos tiempos, para mantener dicha existencia, acaba inmersa en el tráfico de seres humanos desde el tercer mundo para proveer a la economía sumergida occidental de mano de obra barata, dócil y sumisa (, con ello, se transforma en empresaria). Lo terrible es que, según los criterios imperantes ha optado simplemente por tomar la decisión “más rentable”, y ello no la convierte en una mala persona, en alguien sin conciencia, una despiadada, sino en una persona “normal”, acostumbrada a una existencia normal, que únicamente sigue las directrices que a su mano y alcance pone el ideario vigente.

Zygmunt Bauman (1989) propone una tesis casi escandalosa: el holocausto nazi, lejos de ser una “anomalía”, una desviación del discurrir de la modernidad occidental, no es sino la máxima expresión de todo cuanto en sí misma contenía: La ciencia natural, la eficiencia empresarial y la perfecta maquinaria burocrática de un Estado-nación puestos al servicio de una tarea: matar masivamente gente; de la manera más eficiente, más tecnológicamente avanzada y más diligentemente gestionada. El Holocausto tampoco lo protagonizaron “monstruos”, sino gente común, con conciencia y con principios morales¹.

¿Cómo es posible que estas realidades tengan cabida en nuestra existencia?

Si nos desembarazamos de ese “equipamiento intelectual” (Tilly, 1991) caduco heredado del siglo XIX², si cobramos una cierta distancia con la conformación del mundo a fecha actual, lo que se constata es una “gran mentira ilustrada”: la ficticia idea de que las sociedades europeas occidentales iniciaron, entre los siglos XVI-XVIII un proceso de “liberación”. Se trataba, según el ideario ilustrado, según el “proyecto de la modernidad” (Wagner, 1997), de la liberación de una nueva categoría inventada en el proceso, la de individuo, que constreñía a las personas a constituirse en sujetos de derecho y de conocimiento (responsables con el bien público y capaces de actuar, siempre, bajo criterios de racionalidad).

¹ Aquellos que dictaban las órdenes, situados en la distancia de sus despachos, eran ajenos a la realidad inmediata de la muerte; disociaban la firma en un papel de la realidad efectiva a la que la firma conducía: ellos no mataban a nadie. Los que ejecutaban las órdenes, a su vez, al actuar por decisión de sus superiores, no eran responsables de sus actos, sólo aplicaban lo que la institución militar demanda: obediencia a la jerarquía. (naturalizando la inmediatez de su relación con la muerte, no como un acto despiadado e inhumano, sino como una mera rutina, entre otras, que el ejército imponía; instalado el acto en la cotidianidad, habiendo perdido la condición de lo extraordinario —más en una situación bélica, en la que matar al enemigo es lo que se exige—, se convertía en algo “normal”, parte de la habitual rutina del día a día). Ni unos ni otros eran conscientes de estar provocando un genocidio; unos y otros trataban tan sólo de ser lo más eficientes que pudieran en el cumplimiento de sus obligaciones.

² «El s. XIX pesa sobre nosotros como una pesadilla» (Tilly, 1991: 16). El autor plantea que las categorías conceptuales elaboradas en el s.XIX para la comprensión del cambio social dejaron de ser aplicables a las grandes transformaciones que se dieron con posterioridad. Se trata de un pensamiento burgués, suscitado por la percibida amenaza de disgregación social de la época y cuya intención es preservar la integración frente a tal amenaza, afincándose en conceptos como armonía, evolución, gradualidad, estabilidad, continuismo... Podemos afirmar, siguiendo el hilo argumental de Tilly, que los procesos de cambio actual tampoco son ya interpretables mediante las categorías desarrolladas a lo largo del s.XX, ante todo, por la tendencia creciente a la disociación entre los marcos institucionales (depositarios todavía de los principios de la modernidad) y la experiencia real de la ciudadanía; entre los valores y la práctica, entre el marketing ideológico y la dominación efectiva de los espacios de convivencia e interacción de las personas.

El proyecto ilustrado de liberación del individuo se tradujo, de hecho y en la práctica, en un proceso político de sometimiento de las ciudadanías a los dictámenes políticos del Estado-nación, avalados por los principios de la soberanía ciudadana y de la política representativa. Bajo ese barniz, lo que se operó en realidad fue una transmutación de los mecanismos de ejercicio del poder: la coacción física directa, el poder de las armas, dejaba paso a la conformación ideológica de las mentalidades, mediante la fundamentación de las acciones políticas, de los actos de poder, en criterios de cientificidad, en discursos de verdad, constituyéndose el ejercicio de la autoridad en un aparato de saber/poder (Foucault, 1996)³.

En un *mundo libre*, según el ideario de la Modernidad, la libertad de cada cual acaba dónde empieza la del otro⁴, presuponiéndose una equidad colectiva según la cual todos disponemos de un margen relativamente igual para el desarrollo de esa nuestra libertad limitada, de una discrecionalidad (restringida) equiparable. Más allá del ideario, y en la práctica, la equidad no se da: unos dispones de una enorme capacidad discrecional, porque forma parte de los sectores y grupos que tienen la potestad de tomar las decisiones, otros son los que han de acatar esas decisiones y, para ellos, esa libertad queda reducida a la más mínima de las expresiones

Montesquieu, uno de esos personajes encomiables, miembro de una aristocracia en decadencia que, no se sabe muy bien por qué, se pasó de la toga y la espada a la erudición, fue clarividente al respecto. Erradicando la idea de un Dios omnipotente, sin embargo, cabe presuponer una transcendencia superior que dictó las leyes de nuestra existencia; en concordancia con dichas leyes, hemos de crear las del derecho positivo y, siendo que las cosas son como han de ser, y que nos hemos de civilizar, crear un mundo acorde con el proyecto de la Modernidad, resulta casi mecánico aquello de que, parafraseando, la libertad dictada por a ley termina en el punto en el que una voluntad clarividente decide que no se da un ajuste con lo necesario; o dicho de otro modo, las leyes no son universalmente válidas, sino que dependen de aquellos sobre quienes se apliquen⁵. Este principio vendría inscrito en lo que Montesquieu definió como “división de poderes”: la legislación, su ejecución y la justicia se equilibran entre sí impidiendo que alguno de estos poderes prevalezca sobre los otros dos; para que dicho equilibrio se de, además, los tres poderes han de estar claramente diferenciados, separados. Atendiendo a la práctica real, lo que comprobamos es que los tres poderes se entremezclan y que el desequilibrio es su esencia constitutiva: un ejecutivo fuerte anula al poder legislativo y orienta en el sentido que más le convenga al judicial; un poder ejecutivo débil quedará en manos del legislativo que, a su vez, tendrá la capacidad de orientar las acciones del judicial; una justicia independiente puede bloquear

³ «...habría que mostrar (...) cómo se produjo una forma de disciplinamiento que no concierne a los cuerpos, sino a los saberes; como este disciplinamiento (...) preparó un nuevo tipo de relación entre poder y saber; cómo, finalmente, a partir de estos saberse disciplinados emergió la constricción de la ciencia en lugar de la constricción de la verdad.» (1996::152)

⁴ La libertad, pues, no es un absoluto filosófico, sino una delimitación concreta de los marcos de nuestra convivencia, y que, como tal, debe ser regulada por la ley. Se trata del sentido de libertad que propugnó Montesquieu (1985), amparando la necesidad de las leyes positivas en la existencia de una Ley Natural superior que dicta el cumplimiento inexorable de las regularidades que determinan la concreta y específica condición de nuestra existencia (el universo posee un orden inteligible que está regulado por leyes inmutables: no se puede forzar su naturaleza constitutiva). Y así, la tarea humana que consiste en elaborar leyes positivas acordes con esa Ley Natural debe orientarse por este determinismo. En un orden democrático, en el cual, apunta “no se debe confundir el poder del pueblo con la libertad del pueblo”, la delimitación de la libertad es potestad del gobierno: «en un Estado, es decir, en una sociedad en la que hay leyes, la libertad sólo puede consistir en poder hacer lo que se debe querer y en no estar obligado a hacer lo que no se debe querer (...) La libertad es el derecho de hacer todo lo que las leyes permiten» (en: *El espíritu de las leyes*, Libro XI: “de las leyes que dan origen a la libertad política en su relación con la constitución”).

⁵ Como perspicazmente apuntara Tocqueville (1989), libertad e igualdad son de difícil, sino imposible, conjugación en los regímenes democráticos; según él, en el modelo occidental europeo, impulsado a partir de la Revolución Francesa, la primacía de la igualdad supuso una severa restricción de la libertad (una igualdad que, *de facto*, jamás llegó a darse plenamente).

las labores legislativas y de gobierno; etc. En esta lógica de la injerencia recíproca, son fundamentales las afinidades personales e ideológicas, tanto como que los detentadores de esos poderes provienen de sectores privilegiados de la sociedad, muy alejados de las preocupaciones, urgencias y necesidades de la gran mayoría de los/as ciudadanas/os.

En el seno de esas élites se constituye un *habitus*⁶ (Bourdieu, 1997a), llamémosle, corporativo, con sus diversas “familias” en disputa, primariamente, por el capital simbólico del campo (el poder como reconocimiento público)⁷, un campo que conjuga, hasta hacer indistinguibles, las esfera política y económica. En ese campo, se generan unos principios de funcionamiento para quienes en él se desenvuelven muy alejados, sino opuestos, a los que desde el mismo se inculca al conjunto de la ciudadanía. En el plano político se promulga la primacía del interés público sobre el privado y el respeto a las leyes (siendo las leyes aquéllas que ellos han promulgado), en tanto que en la esfera económica se insta a lo contrario, a la maximización del beneficio particular⁸ y la sumisión a las reglas del mercado. Sin embargo, esas élites utilizan la función pública en beneficio propio, eludiendo, en general, toda responsabilidad legal que de ello pudiera derivarse, a la par que se sus traen a las reglas del mercado, imponiendo ellos mismos las reglas que les resultan más convenientes. Se instalan en un espacio de connivencia en el que lo que se dice que ha de valer para todo el mundo no vale para ellos; se acostumbran al ejercicio de la impunidad⁹: quienes llegan a ejercer el poder político provienen, en general, de sectores económicamente acomodados, y están acostumbrados a supeditar preponderantemente sus actos a la lógica del beneficio; trasladan esa lógica al ejercicio de la función pública y, como forman parte de un grupo cerrado, generan una cultura de la corrupción, que “naturalizan”, hasta hacer de ella lo habitual, algo heredado por tradición familiar, sostenido por la práctica del grupo, y que se transmitirá a la generación siguiente; en tanto que, cara a la ciudadanía, serán profusos en el discurso del sacrificio, de la

⁶ «...los agentes sociales están dotados de *habitus*, incorporados a los cuerpos a través de las experiencias acumuladas: estos sistemas de esquemas de percepción, apreciación y acción permiten llevar a cabo actos de conocimiento práctico, basados en la identificación y el reconocimiento de los estímulos condicionales, y convencionales, a los que están dispuestos a reaccionar, así como engendrar, sin posición explícita de fines ni cálculo racional de los medios, unas estrategias adaptadas y renovadas sin cesar, pero dentro de los límites de las imposiciones estructurales de las que son producto y que los definen» (Bourdieu, 1999a:183). «El *habitus* es ese principio generador y unificador que retraduce las características intrínsecas y relacionales de una posición en un estilo de vida unitario, es decir, un conjunto unitario de elección de personas, de bienes y de prácticas» (Bourdieu, 1997c:19).

⁷ En el terreno político, Bourdieu, no obstante, habla de la constitución de un capital específico: «...el Estado es el resultado de un proceso de concentración de los diferentes tipos de apital (...) concentración que, en tanto que tal, convierte al Estado en poseedor de una especie de matacapital, otorgando poder sobre las demás clases de capitales y sobre sus poseedores. (...) [Ese proceso] conduce, en efecto, a la *emergencia* de un capital específico, propiamente estatal, que permite al Estado ejercer un poder sobre los diferentes campos» (1997: 99). Pero reconoce la necesidad de «la concentración de un capital simbólico de reconocimiento, de legitimidad» (Ibíd., 103), para acabar enfatizando que: «...el Estado, que dispone de medios para imponer e inculcar principios duraderos de visión conformes a sus propias estructuras, es la sede por antonomasia de la concentración y del ejercicio del capital simbólico.» (Ibíd., 108)

⁸ Constando así la contradictoria constitución del individuo, entendido como entidad dotada de autonomía, llevada a cabo por la modernidad: el *homo politicus* vs. el *homo oeconomicus*; lo público frente a lo privado; lo altruista frente a lo egoísta; la racionalidad valorativa frente a la racionalidad instrumental. La evolución ha sido la de una progresiva sumisión de lo político a lo económico (los valores humanistas de la modernidad ilustrada —que jamás se han llevado a la práctica— han sido derrocados por la racionalidad egoísta, calculadora, orientada exclusivamente a la optimización de los recursos materiales, del libre mercado y sus principios, en un principio liberales, ahora neoliberales). (Puede consultarse al respecto: Foucault, 2008b, pp. 35-330).

⁹ Bourdieu (1997b) señala esa connivencia, al señalar cómo se presenta el interés público como un principio de validez universal, cuando no es en realidad más que el interés particular de quienes ejercen el poder, cuyos principios, lejos de universales, son el resultado de un proceso histórico previo y, por tanto, arbitrarios. Lo particular se presenta como universal para legitimar el ejercicio de la autoridad, ejercicio orientado a los particulares intereses de quienes promulgan e imponen la universalidad.

lealtad y de la honorabilidad de la función desempeñada (quien más roba es quien más tiene ya de antemano y ha adquirido la habilidad de incrementar sus beneficios diciendo que hace todo lo contrario).

En un *mundo libre*, valdría mejor la buena intención de Rousseau (1979) (que, portador de la cual, seguramente no resulte arbitrario que culminase sus días con vestimenta armenia y alejado del mundanal ruido en el campo): la constitución de un orden político asambleario en el que el pueblo no delegue el poder en ningún representante, sino que lo ejerza directamente, amparado en el principio de la “voluntad general”¹⁰; Para llevar a cabo el proyecto rousseauiano es necesario que la Asamblea tenga una firme vocación colectiva y una nula pretensión egoísta; y como el liberalismo político-económico ya andaba promoviendo su ideario, la propuesta asamblearia de Rousseau se quedó en una bonita anécdota de la proto-ilustración triunfante; y el propio Rousseau, relegado a la condición de “inclasificable”, ilustrado a su manera y siempre proclive a salirse por la tangente; no se le llegó a entender, o no se le quiso entender, pero su aportación sigue ahí, para poder ser tomada en consideración por quienes lo consideren oportuno (algo tendrá que tantas faldas ilustres levantó...).

En un *mundo libre*, no existiría inmigración ilegal en los países occidentales, ni explotación laboral infantil, ni tráfico de personas, ni hambre endémica para las tres cuartas partes de la población del planeta, ni... ni tantas cosas tan cotidianas para tanta gente que, pese a lo terribles que son, por su cotidiana evidencia, parecen... “normales”.

La “libertad” ha sido un aplaudido concepto, a la par que engañoso: un concepto que se nos ha inculcado para instalarnos en la creencia de que cuantos sacrificios se nos exijan redundarán en nuestro propio bien, cuando, de hecho, eso no es cierto. La libertad, como valor humanista-universalista no es más que uno de tantos “localismos” burgueses que la erudición modernista elevó a categoría de “diosa laica” (valga la paradoja).

No vivimos en un mundo libre. Vivimos en un atribulado conjunto de sometimientos que se supone que son lo mejor que podemos esperar de nuestra existencia porque cualquier otra opción sería infinitamente peor (dicen quienes prodigan los discursos del continuismo para beneficiarse de que las cosas sigan estando como están y evitar la emergencia de escenarios alternativos, que podrían arrojarlos al vacío desde los pináculos en los que están instalados).

Una ficción, un impasse y la final vuelta de tuerca

Según los planteamientos de Polanyi (2011), la idea de un orden social regulado por la primacía del libre mercado es un imposibilidad que, cada vez que llega a un punto de exaltación, produce desastres catastróficos. Someter los vínculos sociales a ese imperativo sólo conduce a la ruptura más cruenta de la coexistencia social. Los eventos históricos que le sirven de comprobación de la tesis a Polanyi son el nazismo, el estatalismo soviético y las dos guerras mundiales. Si hubiera tenido ocasión de vivir 50 años más, hoy en día tendría pruebas adicionales.

Durante el s. XIX, la combinación de los altos intereses financieros con la diplomacia internacional europea, propicio una especie de equilibrio político-económico que garantizó la expansión del capitalismo comercial. Amplios mercados a nivel internacional, una potencial capacidad de incremento de la producción de bienes y

¹⁰ La voluntad general no es la “voluntad de todos”, como aclara el propio Rousseau: se trata de una voluntad mayoritaria que acatarán quienes en principio pudieran no estar de acuerdo con la decisión, ya que todos/as asumen que lo colectivo está por encima de los intereses particulares y hay una disposición generalizada para aceptar esa renuncia al propio interés. El concepto de voluntad general, pues, asocia una dimensión moral a la condición de ciudadano/a.

servicios gracias al industrialismo impulsado por la revolución tecnológica; colonialismo, disputa por la expansión económica de las potencias europeas: un mundo, un mercado; competencia sin controles políticos; libertad de mercado; la mano invisible de Adam Smith potenciando el interés egoísta como dispositivo fundamental del incremento de la riqueza colectiva. Hasta que el modelo, por llamarlo de alguna manera, agota su propia condición de posibilidad. Dos movimientos totalitarios emergentes (suponemos, auspiciados por la insatisfacción de un gran número de gente que no veía en el proyecto nada que le resultara “beneficioso”); dos guerras mundiales (que no fueron tales, sino puramente occido-europeas, involucrando a terceros y propiciando el definitivo auge del nuevo imperio mundial, EE.UU.; que, tras todo el ese periplo, ha terminado por acaparar la mayor cantidad de recursos económicos y crear el mayor arsenal de armamento del mundo: posee el dinero y el ejército que lo custodia).

Tras el desastre, se dio un breve período de, digamos, semicordura: el New Deal, las políticas Keynesianas, el, así llamado, Estado del Bienestar; es decir, la puesta en suspenso, relativa, de los principios liberales y una cierta sujeción de los criterios puramente mercantiles a otros de carácter cívico; lo que Luis Enrique Alonso denomina la “ciudadanía salarial” (Alonso, 1999). Pero duró poco. Llegaron los arduos 70; el agotamiento de un modelo liberal “matizado”, anclado en la producción en masa, la gran empresa jerárquica fordista orientada a la economía de escalas y basada en la estandarización de la producción hizo “bluff”.

Se había pasado de una economía capitalista de producción (industrial; industria pesada) a otra de consumo (de servicios); se había pasado de una economía de la “necesidad” a una economía de la “ostentación” (la tesis de Veblen (1992) había triunfado sin paliativos). Las grandes multinacionales gastaban más en marketing que en la propia producción; la “marca” superaba al producto; la estética primaba sobre la ética (la demanda efectiva). El mundo al revés; y, mientras, la gente creyéndose instalada en el mejor de los mundos posibles.

Pero la sobresaturación de los mercados condujo a la crisis; como dice Harvey (1998), la crisis del petróleo no fue la causa, sino la consecuencia del agotamiento del modelo fordista-keynesiano.

Concentración de capitales, externalización de la producción, reestructuración organizacional de las empresas, el inicio de la revolución tecnológica de la información y las comunicaciones, incorporación masiva de las mujeres al mercado laboral, la contracultura del 68, y algunos otros factores más, dibujaban el punto de llegada que se había alcanzado en los años 70.

Surgió un dictamen; puede que originariamente de la Universidad de Chicago, de la mano de Friedman, pero alentado por el calor de un pensamiento que se venía gestando desde la postguerra mundial en otras “escuelas de pensamiento”, como la de los Ordoliberales (Foucault, 2008a): lo que había generado el problema, lo que había conducido a la crisis, había sido el quebrantamiento del axioma liberal de la no injerencia de la política en materia económica. El Estado-nación, como institución depositaria de la legitimidad para el ejercicio del poder político, había perturbado el buen funcionamiento del libre mercado económico. Era ese el error que había que subsanar.

Tras algunos experimentos en Latinoamérica, Chile y Argentina en concreto (Klein, 2007), los *chicago-boys* decidieron que el proyecto de renovación era viable: muerte a Keynes y una vuelta de tuerca a la lógica liberal.

Ya no se trata de que el Estado no interfiera en materia económica, sino de que actúe, permanentemente, para que lo económico sea lo prioritario: los derechos sociales sobran, son “ineficientes”; las coberturas frente al riesgo para los trabajadores sobran: potencian la desidia; las garantías contractuales en materia de empleo son un lastre para la “competitividad”; muera la ciudadanía, viva la empresa, la pura y dura condición económica de la gente, sin salvaguarda, sin colchón, sin “decencia”.

Y con ello, con un Neo-liberalismo efervescente (Tatcher y Reagan a la cabeza en el inicio de su andadura), llegó la globalización; un escenario propicio para la puesta en marcha de la maquinaria del desahucio generalizado de las ciudadanías.

La crisis: víctimas y protagonistas

El auge del neoliberalismo, llevando sus principios a la práctica en el marco de un mundo globalizado, a costa de los sacrificios de unos trabajadores sometidos crecientemente a la precarización, a la desregulación y al progresivo descenso de su capacidad adquisitiva, descentralizando la producción para obtener mano de obra más barata y recursos materiales más accesibles, recortando los derechos sociales y reduciendo la capacidad de control de los Estados sobre los flujos económico, condujo a un período de expansión económica que, con algún que otro altibajo, llegó hasta finales de la primera década del s.XXI.

Este modelo post-keynesiano desplazó el eje central de la actividad económica de la gran producción en masa, y lo situó en las inversiones financieras: pero no las tradicionales inversiones bursátiles orientadas a la participación accionarial en el capital empresarial, sino un nuevo tipo de inversiones, llamadas de riesgo, en las que los activos ya no serían “primarios”, sino “secundarios”. En estos mercados secundarios de inversión se generan apuestas acerca de la evolución de los productos de los mercados primarios, se trata de predicciones de futuro: si se acierta la predicción se obtienen beneficios, de lo contrario, pérdidas. Dado el carácter predictivo de las operaciones, los inversores tratan de asegurar que la apuesta sea favorable, por un lado, desarrollando herramientas tecnológicas (software), y por otro, garantizando que se den las condiciones adecuadas para que la apuesta tenga éxito. Son inversiones, pues, guiadas por evaluaciones a priori generadas por programas informáticos y apoyadas en intervenciones en los mercados primarios.

Surgen las grandes corporaciones de inversión transnacional, que agrupan la mayor del capital circulante en el mundo y se elaboran, a partir de mecanismos de ingeniería mercantil, productos de inversión combinados (suma de varias o muchas apuestas en forma de “paquetes”). Y, junto a ellas, las agencias de calificación, que catalogan esos productos (de alto riesgo, de bajo riesgo, seguros), en parte, mediante estimaciones efectivas de su calidad; en parte, mediante las orientaciones de los propios inversores.

Las apuestas abarcan capitales tanto privados como públicos: se ven afectadas empresas y economías nacionales (la deuda pública de los países, que en el espacio de la UE viene calificada por la prima de riesgo). Nada escapa a la acción de estas operaciones, que, además, se dan de manera ininterrumpida entre las distintas bolsas del planeta, unas u otras según la franja horaria del momento. El volumen de negocio es exorbitante: alcanzaba los dos billones de dólares diarios en 2002 (Estefanía, 2002) y actualmente se ha multiplicado por diez.

Lo que se constituye, en definitiva es un inmenso espacio de inversión de carácter especulativo: los beneficios no se trasladan a la economía de bienes y servicios, es dinero produciendo más dinero; y la forma de obtención de ese beneficio se sustenta en gran medida en la capacidad que los inversores tienen para alterar el discurrir autónomo de los mercados primarios de inversión¹¹. Se pone en suspenso, como señala Castells

¹¹ Se puede optar, por ejemplo, por invertir masivamente en bonos de deuda de un país para llevarlos al alza, invertir (mediante diversos tipos de transferencia de titularidad, como las llamadas titulaciones) en contra de la buena evolución de dicha deuda, procediendo inmediatamente a la venta de los bonos adquiridos, provocando, efectivamente, que se cumpla tal evolución. Otro tanto se puede hacer con las acciones de una empresa. A su vez, se pueden difundir predicciones engañosas sobre un producto, condicionando con ello la acción de los otros inversores, para actuar en contra de la predicción y ganar así la apuesta. En general, los márgenes de pérdida son prácticamente inexistentes.

(1998), un principio fundamental de la economía capitalista, el de la libre competencia: del conjunto total de inversores hay algunos que disponen de mejores recursos, información y herramientas y, por tanto disponen de una importante ventaja sobre los demás.

Para la constitución y desarrollo de esta economía especulativa ha sido necesario dismantelar todo el conjunto de protecciones que el modelo keynesiano había desarrollado: se ha forzado la transformación de las políticas públicas para evadir a esos mercados de todo tipo de controles políticos y se han adaptado las legislaciones a las demandas de esos inversores¹². La especulación financiera ha ido de la mano de la erosión creciente de la capacidad de los Estados para actuar cumpliendo su función originaria: la gestión de lo público se ha convertido en una especie de sucursal puesta al servicio de los intereses financieros.

Es ésta economía financiera de carácter especulativo la que conduce al “crash” de 2007-2008. Un producto de alto riesgo calificado, pese a ello, como seguro genera un volumen de crédito desproporcionado, mientras se traslada esa inversión a los mercados secundarios apostando en positivo. El enorme volumen de beneficio hace que el producto sea comprado a lo largo y ancho de todo el planeta. Finalmente, el mercado primario se hunde: se extiende el impago del crédito y ello arrastra a los mercados secundarios y a sus apuestas en positivo, lo que lleva a la quiebra a muchos de los inversores¹³. Inmediatamente después serán los bancos los que se vean afectados debido al impago del crédito concedido a los inversores; el agujero deberá ser cubierto mediante “inyecciones” de capital público, tendrán que ser “rescatados”¹⁴.

Los protagonistas de la crisis son, pues, los especuladores financieros. Como tales, movidos por la búsqueda de un beneficio que únicamente genera capital a partir de capital, sin trasladar a la economía de bienes y servicios nada de lo obtenido, han conducido a ella sirviéndose de los desarrollos tecnológicos que se han dado en la información y las comunicaciones y mediante la dinámica globalizada que ha adquirido la actividad económica en las últimas tres décadas. A su vez, el modelo neoliberal ha permitido el desarrollo de este tipo de inversiones, permitiendo a sus protagonistas desenvolverse sin ser sometidos a control político alguno y evadiendo responsabilidades fiscales (provocando, con ello, una importante merma en la recaudación tributaria en todos los países). Ellos la han provocado y sin embargo, en gran medida, han salido indemnes de sus consecuencias: han derivado las repercusiones negativas hacia otros, las víctimas: una pequeña minoría ha abocado a una gran mayoría a una situación extrema de precariedad.

Las víctimas han sido, por una parte, los trabajadores, que han visto un progresivo deterioro de sus condiciones laborales (recortes, precarización, desprotección) y una gran parte de los cuales, como resultado de la crisis, han sido arrojados al desempleo, consolidando situaciones de exclusión social en las que la pobreza se ha incrementado de manera preocupante. Se ha quebrado lo que era la principal medida de delimitación entre inclusión y exclusión social propia del modelo keynesiano: en él, el hecho de disponer de un trabajo proporcionaba, mucho más allá del propio trabajo, la obtención de medios y recursos que garantizaban la inclusión

¹² En España, por ejemplo, se ha modificado la Constitución para garantizar que los presupuestos públicos cubran el pago de los intereses de la deuda adquirida, recortando con ello los gastos destinados a servicios públicos, como sanidad y educación

¹³ Quiebran las corporaciones, no los grandes inversores particulares de las mismas, cuyos beneficios asegurados no se verán afectados: directivos, técnicos, asesores, comisionistas, personal de administración, etc. serán los que sufran las consecuencias de la quiebra del mercado.

¹⁴ La catalogación de la recapitalización bancaria mediante fondos públicos como “inyección” parecería indicar que lo que se trata de combatir es una enfermedad, así como la definición de la misma con la palabra “rescate” pudiera estar aludiendo a una especie de ahogamiento. El tratamiento de la crisis ha dado pie a la producción, en alusión a ella, de una prolífica serie de metáforas, fundamentalmente de carácter bélico (sería un enemigo a combatir), de carácter médico (una enfermedad que curar) y también de pretensión naturalizadora (un gran desastre natural irremediable). Todo este conjunto de metáforas es analizado por Emmanuel Lizcano (2013).

social de los trabajadores (ahorro, capacidad de consumo, servicios públicos, coberturas frente al riesgo), mientras que los desempleados eran los que principalmente corrían el riesgo de la exclusión; es decir, la fractura se situaba entre empleo y desempleo. Con el modelo neoliberal, esa línea divisoria dejó de ser la única relevante: una situación de desempleo implicará también un riesgo de exclusión social, pero, además, muchos trabajadores van a desplazarse hacia la misma dada su precariedad laboral: un nivel de ingresos insuficiente, unas condiciones laborales inestables, ausencia de coberturas, de servicios públicos y la inseguridad de no saber en qué momento pueden acabar, ellos también, en el desempleo, dada la enorme flexibilidad¹⁵ y discrecionalidad que han adquirido las empresas en la gestión de la mano de obra (movilidad forzada, variabilidad de horarios, reajustes de plantilla, reemplazo tecnológico, reducción de costes laborales, debilitamiento de la protección sindical, regresión de las políticas públicas de empleo, etc.).

Y, a su vez, víctimas han sido también los pequeños ahorradores que han trasladado su ahorro a la inversión en muy pequeña escala en los productos de los mercados secundarios¹⁶. Es decir, las víctimas de la crisis comprenden un amplio grupo de la ciudadanía que, ya de partida, no estaba en las mejores condiciones económicas: los más frágiles han sido los que han sufrido las consecuencias más negativas. Y de manera no tan inmediata, también las franjas intermedias de la población han visto deteriorarse sus condiciones de vida: pequeños empresarios que han visto suprimido el crédito para sus negocios; autónomos acuciados por la presión fiscal; profesionales que han visto como su cartera de clientes se reducía de manera drástica, técnicos y profesionales de las administraciones públicas que han sufrido la congelación de sus sueldos, etc.

Esta situación, cuyo punto de partida es económico, se ha agudizado por la forma en la que el Estado ha intervenido: mediante políticas de inversión pública, de empleo y fiscales que se han traducido en severos recortes a la financiación de los servicios públicos y privatización de los mismos (cediendo la gestión a empresas privadas —lo que supondría, aparentemente, una reducción de costes— u obligando a los usuarios a contratar los servicios directamente en el sector privado), desregulación normativa de los mercados laborales (bajo el lema de la “flexibilización”: incremento de la contratación a tiempo parcial y temporal —en contratos, no de nueva creación, sino de reemplazo de empleos con contratos estables—, facilitación de los despidos, supresión de la negociación colectiva, redistribución de los horarios laborales a discreción de los empleadores, etc.), y un aumento de la recaudación fiscal obtenida de los sectores intermedios (sin afectar, en términos generales, a las grandes fortunas). Son las llamadas medidas de “austeridad” (austeridad para muchos que no para todos; austeridad para los más vulnerables).

El Estado ha emprendido el doble camino de reducir los gastos en la financiación de los servicios públicos e incrementar los ingresos mediante una fiscalidad que repercute fundamentalmente sobre las clases trabajadoras (los rendimientos del capital aportan apenas un 20% del dinero recaudado mediante impuestos); y en ese

¹⁵ La flexibilidad, como pilar fundamental del modelo neoliberal, se extiende mucho más allá de la regulación de la mano de obra. el cambio flexible, que tiene por objetivo una renovación irreversible de las instituciones (el fin de la rutina burocrática), la discontinuidad (Sennet, 2000). El efecto real, según Sennett, es ineficiencia y desorganización; pero a corto plazo resulta rentable a los inversores en bolsa: el cambio es rentable; aún a costa de quiebras de empresas y despidos de empleados capacitados, “la organización debe mostrarle al mercado que es capaz de cambiar” (lo nuevo siempre es mejor que lo viejo; todo cambio es positivo). A su vez, Sennett, al comparar el modelo keynesiano con el neoliberal, señala que, en el fondo, son igualmente aptos frente a la flexibilización: “la producción flexible depende de la manera como una sociedad define el bien común (...) El mal que escogemos depende del bien que perseguimos” (p. 56). Es decir, a la hora de otmar decisiones en materia de política económica, subyace siempre un *a priori* ético

¹⁶ Resulta escandaloso en España la cantidad de jubilados y pensionista que han perdido todos sus ahorros, fruto del trabajo de toda una vida, al haberlos invertido en ese tipo de productos, sin saber muy bien en qué consistían, por consejo de sus agentes bancarios que, siguiendo directrices dictadas por las ejecutivas de las entidades, ofrecían esa inversión como e medio más seguro de obtener un beneficio por los ahorros acumulados (siendo, en realidad, el objetivo real la capitalización de la entidad mediante esta especie de recaudación de carácter fraudulento).

doble camino, además, ha facilitado la creación de unas condiciones laborales para esos trabajadores que hadn que sus ingresos se vean reducidos de manera significativa (con lo cual, a su vez, se reduce su capacidad contributiva).

La radiografía resultante es la de una sociedad polarizada: amplios sectores de la población sumidos en la precariedad, la pobreza y en riesgo de exclusión social, por un lado; una pequeña minoría que, pese a la crisis, han conservado o incluso mejorado su posición económica¹⁷; y entre ambos polos unos grupos intermedios que van mermando progresivamente en número de integrantes, cayendo, la mayoría de ellos, hacia el polo inferior de la pirámide. La crisis ha agudizado de forma casi dramática la desigualdad social (ricos cada vez más ricos; y pocos; pobres cada vez más pobres y más en número). La crisis ha provocado una máxima asimetría en la redistribución de la riqueza.

La post-crisis: sólo víctimas

Si atendemos a algunos datos macroeconómicos, se ha iniciado el proceso de recuperación de la crisis; sobre todo, esto lo marca el crecimiento del PIB (algunos datos relativos a exportaciones, incremento de ingresos por turismo o niveles de producción industrial parecerían, a su vez, avalar esa impresión): se habría iniciado el camino hacia la post-crisis

Pero, ¿en qué consistirá esa recuperación? Todo parece indicar que la misma se asentará en el mantenimiento, sino agudización, de las condiciones que la crisis ha producido. La especulación financiera no sólo no ha desaparecido, sino que ha incrementado su volumen de negocios, en tanto que la ideología neoliberal permanece incuestionada. Y la globalización, por su parte, es un fenómeno ya irreversible. En estas circunstancias, no son de esperar medidas de recuperación que devuelvan a los más desfavorecidos aquello que han perdido por el camino. No se vislumbran en el horizonte medidas de protección social, ni políticas públicas de inversión expansiva, ni la reestructuración de los mercados laborales, ni el fortalecimiento de los servicios públicos.

Se reducirán, probablemente, los niveles de desempleo medidos en términos porcentuales, pero será a costa de un incremento del empleo precario: las horas totales de tiempo de trabajo, también probablemente, seguirán disminuyendo. Se frenará el descenso de los ingresos salariales, pero no se recuperarán los niveles existentes antes de la crisis. El crédito a particulares y pequeños empresarios parece no ser una de las prioridades de las entidades bancarias que actúan, quizá, previniendo errores pasados. Y la especulación financiera seguirá cerniéndose sobre todos nosotros.

Las políticas públicas acentuarán las medidas de austeridad, puesto que, según enarbola la ortodoxia neoliberal, han sido tan positivas para lograr el inicio de la recuperación: los incentivos para la inversión empresarial, la competitividad y la flexibilidad serán los pilares de las acciones gubernamentales.

Todo ello, en tanto en cuanto las víctimas de la crisis sigan atrapadas en la lógica de dominación desplegada por el aparato ideológico neoliberal, según el cual los perjuicios que puedan recaer sobre la persona serán de su particular responsabilidad, dado que tiene a su alcance los recursos necesarios para obtener los beneficios que el mercado le ofrece (nada hay en su funcionamiento que deba ser modificado: son los agentes económicos los que han de adaptarse a él para maximizar sus recursos, siguiendo las reglas adecuadas: competencia, racionalidad e interés instrumental). Los movimientos de protesta que en su momento surgieron han ido

¹⁷ Es reseñable que durante la crisis se ha incrementado el número de ricos: algunas fortunas se han cosechado gracias al aprovechamiento de la indefensión de esos sectores que más han sufrido las consecuencias de la misma.

diluyéndose progresivamente, carcomidos por la martilleante maquinaria de adoctrinamiento de ese aparato ideológico.

Todo un conjunto de elementos de distracción son suministrados para neutralizar la capacidad de respuesta de las víctimas, de la mayoría de las poblaciones, desde los espacios televisivos, pasando por el deporte como espectáculo, hasta la sobreabundancia de un universo multimedia que otorga una creciente capacidad de evasión de la realidad cotidiana. Y además se prodiga un discurso, a través de numerosos medios, de la “solidaridad de los débiles con los débiles” (campañas de intervención en el tercer mundo, colaboración en ONG’s, voluntariado para la asistencia de enfermos y ancianos...). Las distracciones ocultan la realidad inmediata, la solidaridad palía, mitiga, la propia penuria, manteniéndonos en un estado de ofuscación, ignorancia e inmovilidad.

En el terreno discursivo, la retórica del poder retuerce e incluso invierte el sentido de toda una serie de conceptos que son lanzados como armas arrojadas (Democracia, Justicia, Lealtad, Ley, Seguridad, Honestidad, Populismo, Radicalismo, Extremismo, Interés Nacional, Responsabilidad de Estado, Estabilidad...), conceptos que, según sean aplicados al ejercicio del poder significan una cosa, y si lo son a los sectores de la oposición significan otra, en general, opuesta. Ese discurso, con esos conceptos, construye un sentido de conjunto según el cual el cambio supone un peligro que atentaría contra las garantías establecidas (garantías que, sin embargo, no han ido sino reduciéndose. Paradigmática es la utilización del concepto “Estado del Bienestar”: todas las medidas llevadas a cabo en el marco del plan de austeridad, los recortes en la financiación pública y la privatización de servicios se han llevado a cabo, según ese discurso, para poder seguir sosteniendo el Estado del Bienestar; lo cual, leído literalmente, significa que el desmantelamiento del Estado del Bienestar tiene por objetivo el mantenimiento del Estado del Bienestar. Basta repetir hasta la saciedad este tipo de afirmaciones para que pese a lo absurdo de las mismas, adquieran la condición de verdades irrefutables.

Mediante este tipo de estrategias, se logra neutralizar la capacidad de respuesta de la mayor parte de la ciudadanía sobre la que están recayendo los costos de la crisis: la post-crisis se dará en un clima de letargo generalizado en el que la evolución macroeconómica, enunciada como una de esas verdades incuestionables, indicará que, efectivamente, la recuperación se ha iniciado. Todo el conjunto de datos que desmienten esa afirmación, y que, precisamente, aluden a la extensión creciente de la precariedad y la pobreza, que expresan de manera objetiva la situación real de un gran número de personas, no tendrán efecto alguno en la conciencia y mentalidad de la población: no proceden de fuentes autorizadas, no son objeto de la difusión masiva propia del discurso del poder, y su mensaje se diluye hasta hacerse imperceptible.

Hace mucho tiempo que hemos dejado de tener la capacidad de reflexionar críticamente en relación con la economía. Se ha convertido en un campo de saber experto sofisticado, regulado por leyes propias crecientemente matematizadas; se ha traducido en un universo de índices agregados, expectativas de crecimiento, movimientos de bolsas a nivel internacional, grandes inversiones transnacionales, etc. expresadas y embellecidas por una idealidad publicitaria del “éxito colectivo”.¹⁸

Pero la economía no es más que un espacio de relación humana que existe y pervive gracias a la lógica del beneficio individual y de su maximización. Y no es irrelevante que en este punto coincidan cualesquiera ideologías que tomemos en consideración, sean de corte marxista o tatcheriano. La economía no es un espacio abstracto y lábil que se difumina en nuestra cotidianidad; es el espacio concreto de producción, distribución e intercambio del Capitalismo (que a inicios del siglo XXI, con toda propiedad, hay que nombrar en mayúscu-

¹⁸ Pienso en campañas publicitarias actuales de grandes entidades bancarias que nos dicen, no que son lo que realmente son, los gestores y beneficiarios de nuestro dinero (¿es que alguien lo duda?!), sino los promotores, a través de fundaciones, del bienestar de colectivos desfavorecidos; o los que entienden mejor que nadie, que nosotros mismos, nuestros deseos, o los que saben cual es el futuro que nos conviene.

las). Y el nombre, a su vez, tampoco es cuestionado por nadie. Y si no lo es se debe a que el motor, el corazón, el impulsor de ese concreto sistema económico es el Capital. Para aquellos que se hayan olvidado, conviene recordar que, en una definición muy sencilla y accesible, capital no es más que dinero que se invierte en el sistema económico con la intención de obtener más dinero como resultado de dicha inversión, es decir, para obtener un beneficio.

No hay que perder la perspectiva: hay ciertos capitales, siempre pequeños, que asumen los riesgos de la inversión: pueden obtener o no el beneficio perseguido. Hay otros capitales, inmensos, monumentales, inabarcables que no asumen ningún riesgo; simplemente obtienen, o mucho beneficio, o un poco menos... pase lo que pase. Luego el interés "real" en el mantenimiento del sistema, hemos de presumir, está más bien de un lado que de otro.

Y esta es la clave de la cuestión: mientras se mantenga la premisa de que más allá del Capitalismo como modo de organización de la actividad económica no hay alternativa, y que se asuma que la específica manera que ha adquirido su funcionamiento a fecha actual forma parte de la "natural" evolución del mismo, las posibilidades de atenuar la creciente desigualdad que está produciendo son nulas. Para llegar a poder poner en cuestión tal premisa, en el marco de la actual fragmentación existencial, y de la profunda individualización, en la que nos sume el régimen de funcionamiento de la sociedad capitalista global, la tarea inminente es propiciar la creación de unas herramientas de comprensión y acción que faciliten la eventual constitución de un sujeto colectivo de transformación.

Como punto de partida, se hace imperativa la construcción de un sustrato epistemológico que, rompiendo con las categorías y presupuestos heredados, sirva de plataforma para generar acciones colectivas que traten de superar, en la práctica, la ficticia inevitabilidad de este tipo de sociedades articuladas en torno al mecanismo económico capitalista. Esto implica una renovación radical de las categorías de análisis, de las perspectivas y enfoques y, más profundamente, de las intenciones que las animen. Instalados en la beatífica creencia en una ciencia social neutra, pura e inmaculada ("científica" en el pernicioso sentido de liberada de subjetividades e intereses, de naturalizadora de los objetos sometidos a su observación e intervención, carente de ideología y de intenciones políticas), la mayoría de los científicos sociales se han embarcado en investigaciones conformistas con, y conformadoras del orden vigente. Mientras ese aparato intelectual siga suministrando munición a las imposiciones del poder establecido, difícil resultará dotar a la gente de la capacidad de liberarse de las mismas.

Sería, en cualquier caso, únicamente una tarea previa, pues a continuación habría que llevar a cabo una operación de "traducción" mediante la cual trasladar ese esquema de pensamiento alternativo a un lenguaje inteligible por aquellos que habrían de ser sus destinatarios; de lo contrario, se estaría elaborando un discurso igual de opaco que lo es el propio de la ortodoxia actual. Habrá que reabrir un debate ya antiguo: ¿la economía es algo que funciona de manera autónoma de forma casi perfecta o la economía es algo que hacen y deciden las personas? ¿La economía es "macro" o es "micro"? La economía está impregnada de política, lo mismo que la política de economía. El PIB, más allá de su objetividad estadística, es el resultado de lo que una gran cantidad de gente hace a lo largo de un período de tiempo. La prima de riesgo de un país no es la causante de lo que le pasa a ese país, sino la consecuencia de lo que previamente ciertas personas han hecho para que sea ésa y no otra. Los datos agregados que se nos ofrecen son el resultado de lo que todos hacemos. No actuamos porque sí, no somos estúpidos, ni irracionales (Bourdieu; 1997a, 1999a, 2003): hacemos las cosas que hacemos en función del contexto en el que nos vemos y sentimos. Y, sin embargo, y pese al contexto, podemos decidir hacer cosas que podrían ser, para la economía y los economistas, completamente absurdas. Y quizá esa sea la vía adecuada.

Sería factible, atendiendo a los planteamientos de Bourdieu (1999b), llevar a cabo, mediante la movilización de las víctimas, de la mayoría, llevar a cabo ese proceso de transformación, pues sus condiciones de posibilidad estarían dadas. En cuanto agentes sociales, adquirimos la capacidad de desenvolvemos de forma com-

petente de manera cotidiana en el mundo social, en los diferentes ámbitos que forman parte de nuestra experiencia concreta, gracias a que interiorizamos las regularidades del mundo que nos rodea y desarrollamos la destreza de actuar conforme a las mismas; esa habilidad o destreza es lo que Bourdieu denomina *habitus*¹⁹. Se produce una conformidad entre las estructuras objetivas del mundo y nuestras estructuras subjetivas: éstas se adaptan a, y asimilan, las primeras²⁰. Así, cuanto más estables sean las condiciones objetivas, tanto más seremos capaces de actuar de manera adecuada, lo cual implica, en general, una fuerte tendencia, en nuestro quehacer, a mantener dichas condiciones inalteradas, ya que, por conocidas, facilitan nuestra capacidad de acción. Sólo en el caso de una modificación radical de las estructuras objetivas, que implicaría la pérdida de habilidades incorporadas en el *habitus*, surgen las condiciones para el cambio. Tal es, a fecha actual, la situación: un gran número de personas han visto cómo se desmoronaban las estructuras objetivas en las cuales habían desarrollado sus habilidades sociales y, con ello, han dejado de saber cómo actuar. En una situación de crisis estructural de este tipo, según Bourdieu, la única forma de recuperar la capacidad de llevar a cabo una acción eficiente es “re-pensar” el mundo, activar nuestra capacidad racional de pensamiento. Y ésta, que según Bourdieu sería la solución, es al mismo tiempo el problema, un problema que se expresa en términos de “desfase temporal”.

Dicho desfase es consecuencia de dos mecanismos que actúan en la conformación de nuestros *habitus*: la *histéresis* y la *alodoxia*. La primera alude al hecho de que la constitución de las estructuras objetivas es el resultado de un proceso previo: lo actual es consecuencia de su evolución pasada. Al adquirir las referencias que permiten la generación del *habitus*, éstas siempre apuntan a un período previo que ya no es coincidente con la situación actual (el *habitus* se “hereda”; se adquiere, sobre todo en el seno familiar, de la generación previa), de modo que hay una tendencia a ver las cosas, no como realmente son, sino cómo eran previamente, lo cual puede hacer que no se dé la necesaria conformidad entre estructuras objetivas y subjetivas²¹. La *alodoxia*, por su parte, señala que nuestra capacidad de apreciación e interpretación del mundo no es autónoma, sino que se produce a partir de opiniones ajenas que, en general, proceden de los sectores dominantes, y que, lejos de estar instaladas en la objetividad, se producen puestas al servicio de los intereses de los dominantes; lo cual, igualmente, produce que no veamos, ni entendamos, las cosas según realmente son, o según nosotros podríamos entender que son, sino tal cual quieren los dominantes que las veamos.

Justamente es la componente alodóxica la que desmantela la capacidad de construir interpretaciones racionales de manera autónoma, impidiendo elaborar estrategias alternativas. Es la ortodoxia neoliberal la que nos

¹⁹ El *habitus* indica en cierto modo la condición reflexiva de las prácticas cotidianas o, para hacer más expresa su capacidad creativa, eludiendo ciertas interpretaciones excesivamente mecanicistas del concepto, su condición “transductiva” (Ferreira, 2005, 2007): no reguladas por mecanismo formal alguno y siempre en liza con la incertidumbre. En tanto que agentes sociales competentes para desarrollar prácticas adecuadas a nuestro contexto de existencia, estamos dotados de unas disposiciones que, al tiempo que heredadas y por ello condicionantes, son, a la par, el presupuesto objetivo gracias al cual podemos aplicar nuestra creatividad y modificar las condiciones mismas que delimitan nuestras capacidades y posibilidades de acción. Concebir la existencia de un *habitus* como dispositivo regulador de nuestras prácticas implica, a un mismo tiempo, ser conscientes de que somos portadores de una libertad limitada y que, a partir de la misma, podemos dotarnos de universos de referencia alternativos. O dicho de otro modo, estamos inevitablemente constreñidos de antemano a ser capaces de pensar, actuar y sentir de determinadas maneras (e incapacitados para hacerlo de muchas otras), pero esa constrictión es, justamente, la base sobre la cual podemos adoptar elecciones particulares muy dispares

²⁰ «En tanto que es fruto de la incorporación de un *nómos* (...) de un orden social o un campo, el *habitus* engendra prácticas inmediatamente ajustadas a ese orden y, por lo tanto, percibidas y valoradas, por quienes las llevan a cabo, y también por los demás, como justas, correctas, hábiles, adecuadas» (1999a:189).

²¹ Esto, en general, se solventa mediante un proceso adaptativo, según el cual el *habitus* heredado se modifica en función de las propias modificaciones de las estructuras objetivas: el *habitus* no es estático, en el propio ejercicio de las habilidades de las que nos dota, se va modificando.

insta a actuar en función de las concepciones que desde su esquema de pensamiento se producen, concepciones que nos fuerzan a un persistente inmovilismo.

La post-crisis, como estructura objetiva, comporta, tanto una situación de repunte económico como el mantenimiento de las condiciones de desigualdad que la crisis ha producido. La post-crisis no es una *no-crisis*: ciertos sectores, privilegiados, se benefician del repunte (para ellos, efectivamente, ya no hay crisis; de hecho, podríamos decir que nunca la ha habido), mientras que amplios sectores de la población, las víctimas, no verán darse una mejora en su situación, y hasta es posible que ésta se agrave. Pero dada la dinámica alodóxica en la que estamos instalados, la tendencia es asumir la concepción de la situación ofrecida por los sectores dominantes, creer que la situación mejora y que si todavía no hemos percibido esa mejora es tan sólo porque aún no nos ha llegado la hora de tomar parte en la recuperación: la actitud razonable, según se nos insta a creer, es, simplemente, esperar, aguardar nuestro turno, adquirir, para ello, las habilidades demandadas por la situación vigente (austeridad, sacrificio, competencia, empleabilidad —disposición para obtener un empleo que no se posee, sea cual sea, con independencia de nuestras preferencias y de nuestra capacidad laboral—). Esperar, instalados en una esperanza ilusoria.

La desigualdad persistirá mientras no seamos capaces de liberarnos de esas ataduras. Como se anticipaba, las ciencias sociales tienen la posibilidad (sino la obligación) de asumir un papel relevante en ese proyecto de liberación: despojándose de las vestiduras de una objetividad que produce conocimiento neutro y desideologizado, vestidura que oculta bajo sí un posicionamiento claramente ideológico, puesto al servicio de los intereses dominantes, aportando una pátina de cientifismo legitimatorio para el arbitrario ejercicio del poder: lo presuntamente neutro no es neutro, es neutralizante: neutraliza nuestra capacidad de pensamiento autónomo.

La post-crisis sólo llegará a ser, realmente y para todos/as, una no-crisis, cuando la mayoría que no está destinada, en principio, a beneficiarse de la misma, sea capaz de desasirse de las imposiciones ideológicas y de los discursos dominantes, y a partir de una capacidad autónoma pueda emprender de manera práctica un proceso colectivo de transformación cuyo objetivo de fondo habrá de ser, necesariamente, el desmantelamiento de la lógica y de las prácticas neoliberales, y la elaboración de un modelo de gestión económica alternativo al modelo capitalista actual. Obviamente, ésta parece una tarea de difícil cumplimiento, y probablemente si se inicia, no sean sus promotores quienes vean los resultados. Merece, en todo caso, la pena tomarla como objetivo de nuestra existencia

«La sociología es una actividad destructora del mundo (...). En el acto de describir el objeto comenzamos a destruirlo». (Lamo de Espinosa, 1990: 177-178).

«...los progresos de la razón irán sin duda parejos con el desarrollo de formas altamente racionalizadas de dominación (...) [L]a sociología, única capaz de sacar a la luz estos mecanismos, tendrá que escoger más que nunca entre poner sus instrumentos racionales de conocimiento al servicio de una dominación cada vez más racional o analizar racionalmente la dominación, y muy especialmente la contribución que el conocimiento racional puede aportar a la dominación». (Bourdieu, 1997b:158)

Bibliografía:

- Aloonso, L. E. (1999): «El trabajo más allá del empleo: la transformación del modo de vida laboral y la reconstrucción de la cuestión social», en L. E. Alonso: *Trabajo y ciudadanía*, Madrid, Trotta.
- Bauman, Z. (1989): «Introducción: la sociología después del Holocausto», en Z. Bauman: *Modernidad y Holocausto*. Madrid, Sequitur; pp. 1-39.

- Bourdieu, P. (1997a): «Espíritu de Estado: génesis y estructura del campo burocrático», en P. Bourdieu: *Razones prácticas*, Madrid, Anagrama; pp. 91-125.
- Bourdieu, P. (1997b): «¿Es posible un acto desinteresado?», en P. Bourdieu: *Razones prácticas*, Barcelona, Anagrama; pp. 139-158.
- Bourdieu, P. (1997c): «Espacio social y espacio simbólico», en P. Bourdieu: *Razones prácticas*, Barcelona, Anagrama; pp. 139-158.
- Bourdieu, P. (1999a): *Meditaciones pascalianas*, Barcelona, Anagrama.
- Bourdieu, P. (1999b): «Las estrategias de conversión» [extractos], en M. Fdez. Enguita: *Sociología de la Educación*, Barcelona, Ariel; pp. 93-115.
- Bourdieu, P. (2003): *Las estructuras sociales de la economía*, Barcelona, Anagrama.
- Castells, M. (1998): «Conclusiones»; en M. Castells: *La era de la Información* (Volumen 3), Madrid, Alianza; pp. 369-394.
- Estefanía, J. (2002): «Globalización: ¿una nueva era histórica?», *Revista Clío* núm. febrero; pp. 24-35.
- Ferreira, M. A. V. (2005): «La reflexividad social transductiva: la construcción práctico-cognitiva de lo social y la sociología», *Nómadas, Revista Crítica de Ciencias Sociales y Jurídicas* 11 (enero-junio 2005); pp. 287-303. Disponible en: <http://www.ucm.es/info/nomadas/11/mferreira.pdf>
- Ferreira, M. A. V. (2007): «Un nuevo concepto para la comprensión de la acción social: la transductividad creativa de las prácticas cotidianas», *Intersticios. Revista Sociológica de Pensamiento Crítico*, Vol. 1 (1), (2007); pp. 1-16. Disponible en: <http://www.intersticios.es/article/view/611/542>
- Foucault, M. (1996): *Genealogía del racismo*, La Plata, Altamira.
- Foucault, M. (2008a): «Clase del 7 de febrero de 1979», «Clase del 14 de febrero de 1979», en M. Foucault: *Nacimiento de la biopolítica*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica; pp. 123-187.
- Foucault, M. (2008b): «Clase del 28 de marzo de 1979», en M. Foucault: *Nacimiento de la biopolítica*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica; pp. 305-330.
- Harvey, D. (1998): «La transformación económico-política del capitalismo tardío del siglo XX», en D. Harvey: *La condición de la postmodernidad*. Buenos Aires, Amorrortu; pp. 143-196.
- Klein, N. (2007): *La doctrina del shock: el auge del capitalismo del desastre*, Barcelona, Paidós.
- Lamo de Espinosa, E. (1990): *La sociedad reflexiva: sujeto y objeto del conocimiento sociológico*, Madrid, CIS-s.XXI.
- Lizcano, E. (2013): «Narraciones de la crisis: viejos fetiches con nuevas caras». Disponible on-line: <http://www.denisenajmanovich.com.ar/upload/NARRACIONES%20DE%20LA%20CRISIS-Art%C3%ADculo%20Archipi%C3%A9lago.doc>
- Montesquieu, Ch. L. (1985) : *Del espíritu de las leyes*, Madrid, Tecnos.
- Polanyi, K. (2011): *La gran transformación: Los orígenes políticos y económicos de nuestro tiempo*, México, Fondo de Cultura Económica.
- Rousseau, J. J. (1979) : *El contrato social*, Madrid, Edaf.
- Sennett, R. (2000): «Flexible», en R. Sennett: *La corrosión del carácter*, Barcelona, Anagrama; pp. 47-62.
- Tilly, Ch. (1991): «Equipamiento intelectual»; en: Ch. Tilly: *Grandes estructuras, procesos amplios, comparaciones enormes*, Madrid, Alianza; pp. 15-32.
- Tocqueville, A. (1989): *La democracia en América*, Madrid, Alianza
- Veblen, T. (1992): *Teoría de la clase ociosa*, México, Fondo de Cultura Económica.
- Wagner, P. (1997): *Sociología de la modernidad*, Barcelona, Herder.